

YO, TENZIN GYATSO
El Dalai Lama, Tenzin Gyatso, en su residencia privada, en la ciudad de McLeod Ganj, al norte de la India. Todos los días hace ejercicio caminando por el jardín a las cinco de la mañana, antes de desayunar y tras haber dedicado ya casi dos horas a meditar (se despierta a las tres y media).

¿EL ÚLTIMO DALAI?

Podría ser el último gran líder espiritual del budismo de la historia. A sus 74 años, el Dalai Lama acaba de cumplir medio siglo de vida en el exilio sin haber decidido aún cómo resolverá el enigma de su sucesión cuando muera. Tenzin Gyatso recibe a DAVID LÓPEZ en su residencia privada de la India —desde donde sirve de inspiración a millones de personas en el mundo, entre ellas Richard Gere o Penélope Cruz— y habla del eterno conflicto con China, de la homosexualidad, del aborto y de su secreto para alcanzar la felicidad.

E

l Dalai Lama coloca alrededor de mi cuello un *kata*, el fular blanco símbolo de bienvenida y respeto de los tibetanos, me da la mano y así, agarrados, salimos al jardín de su residencia privada. Cubre mis dedos con los suyos y presiona, como las parejas de enamorados. Comunicación no verbal. Un detalle de agradecimiento por haber viajado hasta el norte de la India, al corazón del budismo tibetano en el exilio, para conocerlo. Le devuelvo el gesto.

No le gusta el protocolo. Me explican, y me lo confirma él, que odia lo ceremonioso. Y eso que tiene el verbo odiar desterrado de su vocabulario. Prefiere la comida en un albergue con mendigos en San Francisco que la pompa de los recibimientos oficiales de universidades y políticos, como sucedió en abril durante su último viaje a Estados Unidos. Ríe continuamente. Una risa gruesa, grave, espontánea. Golpea cariñosamente el brazo y la mano del periodista mientras habla. Complicidad. Otro gesto. Escudriña el mundo con sus pequeños ojos escondidos tras unas gafas de espesos cristales. Cuentan sus biografías que nació en un pueblito pobre de Tíbet en la región de Amdo, en 1935, mientras un arco iris rozaba su cabaña, sin derramar una >

lágrima y con los ojos abiertos como platos. Parece que desde entonces no los ha cerrado. Hay quien cree que este hombre vestido con hábito rojo y amarillo, zapatones color marrón de cordones y reloj de pulsera plateado tiene poderes sobrenaturales. “Algunas personas piensan que puedo sanar. La mejor demostración de que es falso es que los médicos me tuvieron que abrir la tripa para curarme”, explica, socarrón, dibujando en el aire el gesto del bisturí sobre su abdomen, antes de dejar brotar una nueva carcajada.

Se refiere a la operación de cálculo biliar a la que se sometió en otoño del año pasado. Llevaba 20 años con piedras en la vesícula y finalmente decidieron que sería mejor operarlo. Ahora, afirma, está bien. Presume de que los médicos le dijeron que tiene el cuerpo de un hombre de 60 años. “Mi estado mental es de mucha calma. Si tuviese frustración y rabia, no estaría sano”. Su pueblo reza cada mañana por él en el templo frente a su residencia, una casa amarilla de estilo inglés,

otra ciudad del norte. Desde allí, para llegar a Dharamsala, cinco horas de viaje por carretera de madrugada. Si uno es aficionado a las *rallies* disfruta del recorrido. Si no, mejor no repetir la experiencia.

Pero no sólo nos separa la distancia geográfica. También la cultural. Voy a encontrarme con un hombre que está vieniendo su decimocuarta reencarnación, adorado como santo por sus feligreses asiáticos, seguido por un gran número de occidentales —entre ellos famosos como Richard Gere, Sharon Stone o Penélope Cruz— y máximo referente de una religión/filosofía, el budismo, cuyo mensaje esencial lleva décadas intentado exportar al mundo. Cuando uno se acostumbra al absolutismo y anacronismo de ciertos discursos religiosos, la primera reacción ante ellos es desconfiar. “No hay una verdad ni una religión absolutas”, reconoce. Bajo la guardia.

Me intereso por saber si está al corriente de las disputas que vive la Iglesia católica

en casos particulares, si hay peligro para la vida de la madre o problemas para el bebé y no hay esperanza”. Termina hablando de células madre. Siempre ha disfrutado de tener contacto con la comunidad científica, y asegura que es una de las mayores ventajas de haberse exiliado, porque si no hubiera vivido aislado en el Tíbet. “Pienso que también debe ir de acuerdo con las creencias religiosas. Si se realiza con una motivación de compasión, como en el caso de un niño enfermo al que lo puede salvar otro niño, se pueden usar estas tecnologías modernas”.

—Si tuviera que aprobar una ley a favor de esta investigación, ¿lo haría?

—Si tuviera una responsabilidad directa lo estudiaría con atención y escucharía a los expertos. Estoy hablando desde fuera.

“Nuestro Sol”

El actor Richard Gere, budista reconocido desde hace décadas y fuertemente implicado en la causa tibetana, me dice desde Nueva York: “Ya hay tres generaciones que han crecido en el exilio, y ser capaz de mantener a su comunidad unida y su compromiso por la no violencia es casi un milagro”. ¿Cómo

“Los no creyentes pueden decidir por ellos mismos. SI QUIEREN ESTAR CON PERSONAS del mismo sexo es cosa suya. No hay problema”

sencilla y rodeada de vegetación en McLeod Ganj, junto a Dharamsala, la ciudad a la que llegó hace 50 años disfrazado de soldado, huyendo de la invasión china.

Este 2009 es especial. Hace 70 años que emprendió viaje desde su pueblo natal a Lhasa, la capital del Tíbet, para ser entronado como Dalai Lama, un Buda viviente. Es, además, el 60 aniversario de la llegada del ejército chino a Tíbet; el cincuentenario de su exilio en India; y en octubre se cumplirán 20 años desde que le concedieron el premio Nobel de la Paz en un acto que fue, como reconoció el comité, un homenaje a la memoria de Gandhi y a la resistencia pacífica de la que es heredero Tenzin Gyatso, el Dalai Lama.

Me ha concedido una de sus escasas audiencias. Llegar hasta él implica salvar una larga distancia. En todos los sentidos. Me embarco en un viaje de 40 horas. Las primeras escalas son Londres y Delhi. Después tomo un vuelo interno, cuyo aterrizaje es abortado al ser sacudido por el viento con violencia sobre las tierras del lugar. Subo a última hora a un cuarto avión que me lleva a

con ciertos gobiernos, como sucede en España, y le pregunto por su posición sobre tres asuntos polémicos: el rol de la familia tradicional, el aborto y la investigación con células madre.

“Es complicado”, comienza su respuesta, tras recostarse brevemente en el respaldo de un sofá beis de los años sesenta, en la sala de audiencias de su residencia, donde un Buda dorado y reluciente nos vigila desde una vitrina. “En muchas tradiciones se considera la homosexualidad, como en el budismo, una mala conducta sexual. Mi posición es que debe haber coherencia. Hay muchos no creyentes. Aquellos que tengan una creencia religiosa deben seguirla según su tradición. Una vez que se acepta la religión hay que ser serios con ella. Los que no tienen esa concepción de la religión pueden decidir por ellos mismos. Y si quieren estar con personas del mismo sexo, es cosa suya. No hay problema”, me explica, en un inglés que me divierte escuchar, lleno de altibajos de agudos y graves. “Respecto al aborto, desde nuestro punto de vista es un asesinato y es mejor evitarlo. Pero hay que considerarlo

es el Dalai Lama en la distancia corta, como la que ustedes mantienen?, le pregunto. “Es un líder brillante, pero también es extremadamente honrado y sencillo. Es genuino. Optimista pero realista. Probablemente sea el hombre más amado del mundo”.

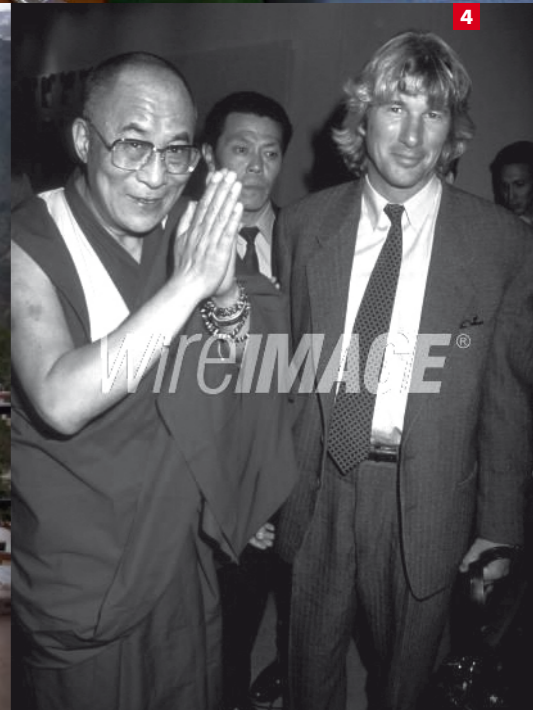
La misma veneración de Gere la profesan todos los tibetanos —más de 100.000 viven en esta zona de la India— con los que me encuentro. McLeod Ganj es un pueblo con casas de colores que ha crecido trepando por una colina, a casi 2.000 metros de altura, con las estribaciones del Himalaya a sus espaldas. Por sus calles se topa uno con monjes que suben y bajan sus cuestas, indios que viven del negocio que genera el pueblo como lugar de peregrinación y occidentales con pelo largo buscando quién sabe qué. Huele a especias, a bosque y a animales, que caminan holgazanes por las estrechas callejuelas. Una amalgama divertida. “La pequeña Lhasa”, como lo llaman los tibetanos, para sentirse cerca de su hogar.

Hablo con los monjes. “El Dalai Lama es nuestro sol. ¿Cómo íbamos a sobrevivir sin él?”, me cuenta uno de ellos. Tiene 30 ▷



TÍBET EN LA INDIA

(1) Altar del templo de Chimegatsal Ling. La fotografía del Dalai Lama ocupa el lugar en el que se sentaría durante las ceremonias religiosas, a una altura superior al resto de los monjes. (2) Con David López, jefe de actualidad de *Vanity Fair*, durante la entrevista. (3) Vista general del pueblo de McLeod Ganj, donde viven más de 100.000 exiliados tibetanos desde 1959. (4) Con el actor Richard Gere, en Nueva York, en 1994. (5) El Dalai Lama, acompañado por su secretario, Tenzin Taklha, entrando a la sala de reuniones de su residencia. (6) Tres estudiantes de la Aldea Tibetana de los Niños, donde se agrupan las escuelas para los exiliados, financiadas gracias a las donaciones internacionales. La casa tras ellos fue financiada por la viuda de Hergé, el creador del cómic *Tintin*.



años, ha llegado hace sólo unos meses a la India y se muestra sorprendido con mi pregunta: ¿Escogería tener un decimoquinto o preferiría que el actual fuera el último? No es una pregunta trampa. A pesar de los rezos de sus fieles y de la buena salud de la que presume, Tenzin Gyatso ha cumplido ya 74 años. Su figura es de una importancia vital para su pueblo. Él es Tíbet y él mantiene vivo el pulso con China. Además es, según las encuestas, uno de los líderes mundiales mejor valorados. Pero ¿qué sucederá cuando muera?

Gyatso ha anunciado que los tibetanos decidirán si la institución debe continuar. Una elección radical. Durante siglos el Dalai Lama ostentaba un poder absoluto. Sin embargo, en 2001 cedió el poder político a un parlamento democrático en el exilio.

“La decisión ya se ha tomado. Ningún tibetano dirá que la institución pueda ser abolida. Es incuestionable. No necesitamos hacer ninguna elección formal. Nadie querrá que se termine. Es la identidad de nuestro pueblo”, me explica Samdhog Rinpoche, el primer ministro en el exilio. Ni siquiera quienes lo ven desde la distancia, como Gere, lo dudan: “Su reencarnación no se puede discutir”.

Él, en cambio, no está tan seguro. Fuentes de su entorno me dicen que no quiere que haya un próximo Dalai Lama. Se lo pregunto directamente. “En este momento no lo sé”.

—¿No lo sabe o no me lo quiere decir?

—No, aún no lo he decidido. Según mi naturaleza, recojo siempre opiniones de diferentes personas. En abril tuve una reunión con los líderes espirituales de las diferentes escuelas budistas y lo discutimos. Pero el debate no ha terminado. Tendremos una nueva cita y lo decidiremos. Ocasionalmente hemos debatido también quién podría ser un buen sucesor, alguien entre los 20 y los 30 años. He ido buscando a esa persona, y me he fijado en uno u otro, pero no es fácil de encontrar. Así que de momento habrá que esperar un tiempo.

“Tenzin Gyatso es hoy ya una especie de mártir, desde que perdió su país, y su muerte no cambiará esa sensación. Pero la causa tibetana se verá seriamente dañada, porque nadie tiene su prestigio”, explica Warren Smith, reconocido experto en Tíbet.

Durante cinco siglos el Dalai Lama siempre ha sido la reencarnación del anterior. Moría uno y en un plazo de dos años se encontraba al siguiente. Pero ahora el budismo se plantea una revolución total. Si finalmente no desaparece la figura del Dalai Lama, surgen cuatro posibilidades diferentes para hallar al decimoquinto.

La primera, por supuesto, la reencarnación, que ocurriría en el exilio. Es el método >

CORAZÓN BUDISTA

Los monjes rezan por la salud de su líder, el Dalai Lama, en el templo principal de McLeod Ganj.

seguido hasta ahora y venerado por los budistas. ¿El problema? Habría casi dos décadas de vacío de poder religioso mientras el nuevo líder alcanza su mayoría de edad y, sobre todo, el mundo se toparía con la paradoja de tener dos Dalai Lama: uno escogido en el exilio y otro seleccionado por China en Tíbet. Una artimaña política del gobierno chino, que ya en 1995 negó que la reencarnación en el exilio del Panchen Lama, la segunda autoridad religiosa del budismo, fuese la verdadera. Entonces apresó —y aún hoy está en paradero desconocido— al elegido y nombró a uno a su antojo en Tíbet.

La segunda y tercera alternativas son similares, y hablan de una elección entre monjes, como sucede con el Papa católico, del más respetado o el mejor preparado.

La cuarta y última vía es que el Dalai Lama escogiese en vida, y a dedo, a su sucesor. “Esta opción se ha ido haciendo más fuerte durante los últimos años. Los líderes de las escuelas budistas me han pedido con firmeza que seleccione a un sucesor antes de mi muerte”.

la alteran algunos compromisos oficiales, audiencias —como la que concede a *Vanity Fair*— o el rato que pasa leyendo las revistas *Time*, *Newsweek* y *Eastern Economic Review* o viendo la BBC y los documentales de animales. Ni literatura ni películas. Ni siquiera las de Richard Gere.

Próxima Parada, Obama

Su intensa agenda le permite llevar su mensaje por el mundo, a pesar de las frecuentes críticas y amenazas del gobierno chino cuando algún dirigente lo recibe. Es habitual verlo departiendo con los principales líderes. Aunque no con todos, porque muchos ceden a la presión y no lo reciben o ni siquiera le permiten la entrada a sus países. “Cuando viajamos —explica su secretario particular, Tenzin Taklha—, no pedimos encuentros, sólo que se garantice su seguridad. Pero sí anunciamos que el Dalai Lama está preparado para reunirse con los dirigentes si estos quieren y no supone ningún inconveniente”.

“Me siento agradecido por la simpatía pública y la preocupación de la comunidad

Tíbet y la Administración estadounidense tiene un grupo de coordinación especial para el problema tibetano. Pero estoy seguro de que el presidente Obama continuará con la misma política.



Al menos lo recibirá. En España aún no lo ha conseguido en las siete ocasiones que ha visitado el país desde 1981. En 2003, con el PP en el Gobierno, el PSOE llegó a preguntar en el Congreso por qué no había sido recibido por las autoridades durante su visita de aquel año. Desde el ministerio de Asuntos Exteriores, con Ana Palacio al frente, alegaron problemas de agenda. Cuatro años después, en 2007, el Dalai Lama regresaba de visita a Barcelona. Con el PSOE en el poder tampoco fue recibido.

Sólo la UE, de cuando en cuando, insta a China y al Dalai Lama a continuar negociando. La ONU, mientras, guarda silencio

“Los últimos presidentes de EE UU han tenido la MISMA POLÍTICA CON NOSOTROS. Estoy seguro de que con Obama será lo mismo”

Si escoja uno u otro camino, tengo la sensación de encontrarme ante el último Dalai Lama. Si finalmente llega otro después, tendrá una papeleta complicada, una misión casi imposible.

Aunque los líderes tibetanos derrochan optimismo, el conflicto con China está enquistado desde hace 50 años. Su compromiso por la no violencia y su posicionamiento para no reclamar la independencia del Tíbet sino una autonomía real y efectiva dentro de la China actual, para así preservar la cultura, religión y tradiciones del pueblo tibetano, lo han convertido en un líder global respetado. De hecho, los viajes —pasa hasta siete meses al año fuera— son lo único que altera la tranquilidad de su vida en India. Si está en casa, me explican sus ayudantes, se dedica a la meditación y al estudio de textos budistas. Vive casi aislado, en la soledad de su habitación y su templo privado, aunque de fondo llegan sin cesar cánticos de mantras budistas. Desde las tres y media de la mañana, cuando se despierta, hasta las ocho y media de la tarde, hora a la que se acuesta, la reflexión es su principal dedicación. Sólo

internacional. Pero si ha sido suficiente o no para la causa tibetana es otra cuestión. Suficiente significa que ha sido efectivo, y eso depende de muchos factores, y uno de ellos es la presión de China, un país enorme que en las últimas décadas se ha convertido en una parte importante de la economía mundial. No es fácil. Mire el problema palestino: existe desde hace 60 años. E Israel comparado con China es muy pequeño”, reflexiona el Dalai Lama. Y lo hace cuidando su respuesta, con una meditada diplomacia a pesar de que, según los expertos consultados, el apoyo internacional al Tíbet frente a la invasión china ha sido insuficiente y se ha limitado a la foto de rigor recibiendo al Dalai Lama.

En octubre, por ejemplo, se reunirá en Washington por primera vez con Barack Obama durante la larga visita que tiene planeada a Estados Unidos, uno de los países que más atención ha dedicado a los tibetanos, aunque siempre desde el axioma de que se considera Tíbet como parte de China.

—¿Espera algún cambio con Obama?

—Será lo mismo. Los últimos dos presidentes, y no importa de qué partidos hayan sido, han seguido idéntica política. Los norteamericanos muestran un gran interés por

desde 1965, cuando aprobó una última resolución sobre el Tíbet en la que manifestaba estar “gravemente preocupada ante la continua violación de los derechos y libertades fundamentales del pueblo tibetano y la continua supresión de su sistema característico de vida cultural y religiosa”. Desde entonces, nada. China veta cualquier iniciativa.

La batalla política tibetana se dirige hoy desde un gobierno en el exilio. Visito su cuartel general. El parlamento es un gran salón de reuniones con capacidad para un centenar de personas. Anodino y con muebles y equipamiento con aspecto de haber vivido mejores momentos. Similar a las salas de justicia españolas. Allí entrevisto al primer ministro, Rinpoche, un monje anciano, pausado, que no ríe como el Dalai Lama y que, además, no duda en atacar a la ONU: “No tenemos cabida allí. Es la institución más antidemocrática del mundo. No entiendo cómo lo sigue aceptando la comunidad internacional”.

Le pido que me cuente en qué punto están las negociaciones con China. Han tenido ocho reuniones desde 2003, la última en 2008, que no han dado resultados. “Los chinos dicen que sólo buscamos la separación. Pero se reúnen (CONTINÚA EN LA PÁG. 189)

EN MIS MANOS

El Dalai Lama, en la sala de reuniones de su residencia. Sus manos, muy bien cuidadas, despiertan una gran admiración entre sus fieles, que están convencidos de su poder curativo.



¿El Último Dalai?



(VIENE DE LA PÁG. 57) para poder decir a la comunidad internacional que no tiene que interferir”, se lamenta Rinpoche. Aún así, anuncia que después del verano retomarán de nuevo el contacto.

Con esta fotografía, la misión que debería asumir un próximo Dalai Lama se antoja vasta como un océano. Tenzin Gyatso se ha convertido en un líder tan fuerte —en su entorno se fijan en las figuras de Gandhi, Luther King o Mandela para buscar similitudes— y con una repercusión mediática tan importante que parece poco probable que pueda estar a la misma altura. De ahí ese sentimiento, que no me quiere confirmar durante nuestro encuentro, de que quizá lo

mejor sea que con su muerte desaparezca también la figura del Dalai Lama.

“La Felicidad es Posible”

Jamphel Ngawang Lobsang Yeshe Tenzin Gyatso (santo señor, gentil gloria, habla poderosa, compasivo, defensor de la fe, océano de sabiduría), su nombre religioso completo, ha asumido también con el tiempo otro compromiso: fomentar el diálogo interreligioso. Como líder espiritual de millones de budistas en el mundo, sus palabras son seguidas con atención. El Dalai Lama no condiciona exclusivamente la espiritualidad a la creencia religiosa. Ahí radica una de las mayores diferencias que tenía con Juan Pablo II, con quien mantenía una estrecha relación. “La espiritualidad debe tener dos niveles: uno con la religión, y otro sin ella, porque hay mucha gente que no cree. El Papa no estaba de acuerdo con esto. Como mis amigos musulmanes, que creen que la ética y la espiritualidad deben estar basadas en la religión. Yo creo que debe haber otra opción. La espiritualidad significa que una persona sea más feliz, y eso puede lograrse sin la religión”.

Esa búsqueda de la felicidad, de la calma interior, ha sido uno de los objetivos vitales del Dalai Lama, así como uno de los principales compromisos en sus mensajes. Cuando le pregunto a Richard Gere con qué se queda

de lo que ha aprendido de su contacto con el monje, incide en ese punto: “Es imposible seleccionar sólo una cosa. Pero mencionaría la idea de que todos somos criaturas de un mismo mundo, de un mismo universo, y que estamos todos profundamente conectados en nuestra felicidad y en nuestro sufrimiento. Todas las criaturas querrían alcanzar la felicidad y terminar con el sufrimiento”.

Cuesta creer que una persona que huyó de su tierra, que debe responder ante un pueblo, y que además es el referente de una de las principales religiones del mundo, aún conserve el optimismo y una alegría desbordantes. “Algunas veces me canso de esta lucha. Su Santidad se ríe y me dice que puedo parar cuando él pare, que es nunca. No soy nada comparado con él. Sólo un niño”, me explica Gere, enfatizando el carácter especial del Dalai Lama. Y eso que es, como insiste él, sólo es un hombre, un monje, sin poderes, que no lo sabe todo, a pesar de que su nombre signifique eso. Me da la mano. Dice un proverbio tibetano: “Cien amigos son pocos; un enemigo es demasiado”. Durante 50 años ha predicado el mismo mensaje. Ríe junto a nosotros. Según me despido me percató de que estoy ante el único Dalai Lama que realmente ha conocido el mundo. Quizá el último. □